**Crucificado en tiempos de Poncio Pilato no le arrabatamos la vida, Él nos la entregó**

La muerte de Jesús aconteció de forma dramática y humillante en un momento de la historia. «Fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato». Murió acusado de blasfemo por las autoridades religiosas judías. El representante del imperio lo condenó por ser «el rey de los judíos». Murió como un maldito a los ojos de la Ley y como un agitador para el tribunal civil.

La redención del género humano aconteció en la historia, en la muerte del Hijo enviado en la carne. La crucifixión se presenta como la culminación de la encarnación. San Gregorio Magno escribió: «de nada nos hubiera servido su nacimiento, si no nos hubiera redimido» mediante su muerte. Pero **en realidad la vida no le fue arrebatada a Jesús, si no que la entregó libremente**. En el evangelio de Juan, Jesús afirma: «Por esto me ama el Padre, porque yo entregó mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entregó libremente».  Y resucitado de entre los muertos, decía a los discípulos de Emaús: « ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?» «Entregado en manos de los pecadores», éstos lo ejecutaron; pero él, por amor, se entregaba a la muerte para hacernos partícipes a todos de su propia vida.

En la **muerte injusta del Justo**, Dios estaba realizando una obra tan maravillosa que jamás podremos comprenderla bien. En ella se nos ofrece el perdón de los pecados y es justificado todo el que cree. Pablo terminaba el anuncio de la Pascua del Hijo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, con estas palabras significativas del profeta Habacuc: «Mirad, despreciadores, asombraos y escondeos, porque en vuestros días yo voy a realizar una obra tal que no creeríais si alguien os lo cuenta».  **Contempla al Crucificado**.

**Padeció y fue sepultado Jesús murió realmente y conoció el estado de muerte; el punto de encuentro entre muerte y vida**

«Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras» **(1Co 15,3).** Este es el significado de la crucifixión de Jesús. Por amor lo envió Dios al mundo y libremente se ofreció por nuestra salvación. **Sostenido por el Espíritu nos amó hasta el extremo**: con su obediencia filial nos dio la posibilidad de ser y vivir como hijos de Dios y hermanos unos de otros.

Al confesar que Jesús «fue sepultado», la fe apostólica afirma: «Por la gracia de Dios, gustó la muerte para bien de todos» **(Hb 2, 9).** Murió realmente y conoció, como todo hombre, el estado de muerte. «La permanencia  de Cristo en el sepulcro constituye el vínculo real entre el estado pasible de Cristo antes de la Pascua y su actual estado de resucitado».  El libro del Apocalipsis afirma: «estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos» **(1, 18).**

Jesús en persona es «el punto de encuentro de la muerte y de la vida» como dice san Gregorio Niceno. Jesucristo «padeció y fue sepultado» para liberarnos del poder del pecado. Por ello san Pablo ve el bautismo como una inmersión en la muerte de Cristo, esto es, como un morir al pecado con Cristo para vivir una vida nueva: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos para gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» **(Rm 6, 4)**.

Pero la muerte de Cristo, aunque verdadera muerte, «no fue un despojo mortal como los demás porque “la virtud divina preservó de la corrupción al cuerpo de Cristo» «La resurrección de Jesús al tercer día fue la prueba de ello porque se suponía que la corrupción se manifestaba a partir del cuarto día».

**Bajó a los infiernos a despertar a los que dormían desde antiguo**

«El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación». La Escritura llama infiernos, sheol o hades a la región donde permanecían los muertos privados de la visión de Dios. Cristo fue al encuentro de aquellos que murieron esperando la salvación. La muerte redentora de Cristo no tiene fronteras, alcanza tanto al primer hombre de la tierra como al último que pueda vivir. Él va en busca de la oveja perdida hasta la región misma de los muertos, como lo expresa bellamente una antigua homilía para el sábado santo:

«**Un gran silencio envuelve la tierra**, un gran silencio y una gran soledad; un gran silencio **porque el Rey duerme**. La tierra temió sobrecogida porque Dios se durmió en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios en la carne ha muerto y el Abismo ha despertado.

Va a buscar a nuestro primer padre como si fuera la oveja perdida. Quiere absolutamente visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte. El, que es **al mismo tiempo Hijo de Dios e hijo de Eva**, va a librar de su prisión y de sus dolores a Adán y a Eva.

El Señor, teniendo en sus manos las armas vencedoras de la cruz, se acerca… y tomándolo ( a Adán) por la mano añade: “Despierta tú que duermes, **levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz**“.

Yo soy tu Dios que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu hijo; y ahora te digo: tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: Salid; y a los que se encuentran en las tinieblas: iluminaos; y a los que dormís: levantaos…, **pues yo soy la vida de los muertos**».

PRÁCTICA- Pregúntate: si Cristo dio la vida por ti, de qué manera puedes corresponderle esta semana, en una forma concreta y trata de hacerlo un hábito. Se quiera o no, el Señor nos ha salvado en el sufrimiento: ¿Cómo vives esto? ¿Qué aporta a tu vida?